

**Genealogías del poder:
Carlos Loveira y el pacto médico-militar en la República**

JORGE CAMACHO

University of South Carolina—Columbia

En *Generales y doctores* (1920) Carlos Loveira narra uno de los periodos más importantes y turbulentos de la historia de Cuba: el fin de la colonia y el inicio de República. La linealidad de la novela, acabalgada entre dos épocas, le da a Loveira la posibilidad de hacer una lectura desmitificadora del poder, ubicándose su texto de esta forma en la tradición moderna de la crítica a las instituciones. Sin apartarme en lo fundamental de la crítica anterior, me interesa explorar un lado que no ha sido discutido: la genealogía del poder que describe Loveira en su obra, el pacto médico-militar que comenzó como motivo de la insurrección de 1895 y terminó con el ascenso de una elite letrada al poder con la República de 1902. *Generales y doctores* se enfocará en tal ascenso y en especial, en los doctores. Estos sujetos—parece decir Loveira—surgen a la vida política de la nación como consecuencia de la insurrección de 1895, pero

especialmente por políticas formativas que tienen su origen en el siglo XIX. Me interesa por tanto resaltar en esta novela fundacional de la nación cubana este pacto que explica la enorme importancia de esta institución en los primeros años de la república que llega incluso hasta nuestros días.

La prehistoria de este pacto data de la segunda mitad del siglo XVIII, donde se impone una política de salud, impulsada por los gobiernos europeos, con el objetivo, entre otros, de eliminar las diversas epidemias que azotaban a Europa. En el caso de Cuba, estas son las epidemias de cólera que arrasaron el país a mediados del siglo XIX. El Protomedicato, como otra institución colonial, aparece vinculada en el siglo XIX a las elites gubernativas, pero en 1871, con el fusilamiento de los estudiantes de medicina, este ramo entra de lleno en la reserva simbólica del discurso nacionalista, que utiliza tal suceso histórico en su campaña en pro-de la independencia.¹ A pesar de que en su novela, Loveira hace uso de este acontecimiento simbólico, criticará igualmente la alianza médico-militar como resultado de esta coyuntura histórica y reconstruirá el andamiaje del poder republicano a partir de sus figuras emblemáticas: Ignacio “cirujano dental” y Cañizo, el médico español devenido un insurrecto mambí y más tarde político corrupto en

¹ Sobre los sucesos de 1871 véase el libro de Fermín Valdés Domínguez, publicado por primera vez en Madrid dos años después, en 1873. *Mártires de Cuba. 27 de noviembre de 1871. Los voluntarios de la Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina*. (La Habana: Editorial Lex, 1942). Estos sucesos han sido retomados en diversas épocas con fines políticos. Primero por el Partido Independentista, al que pertenecía el mismo Valdés Domínguez, no por casualidad la persona más cercana a Martí y él mismo médico. Luego por los mismos españoles republicanos, exiliados en Cuba después de la guerra civil, con el objetivo de mostrar la otra cara de España. Esta es la edición de la editorial Lex. Más tarde el mismo suceso reaparece en la retórica política de la Revolución cubana de 1959. Según Valdés Domínguez los estudiantes de medicina eran inocentes de toda culpa y fueron fusilados sólo por la insistencia de los batallones de Voluntarios de La Habana. Por otro lado, Luis F Le Roy Gálvez, en su artículo “27 de noviembre cien años después,” llega a la conclusión de que el relato de Valdés Domínguez da una imagen incompleta y por tanto “desfigurada” de los sucesos porque deja afuera el “clima antiespañol que existía en la Universidad” de la época (4). Para más detalles véase la compilación de ensayos recogidos en *Centenario del fusilamiento de los estudiantes de Medicina*. (La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1973).

la cámara legislativa. Ambos personajes no sólo son contrarios por su origen sino también por lo que representan moralmente.

Loveira encuentra la génesis de este pacto nada menos que en New York, en el momento en que el protagonista trata de embarcar en una de las expediciones insurrectas que se armaban para ir a luchar a Cuba. Para su asombro, en aquella oficina de reclutamiento, le dicen a Ignacio que un título de doctor era la única seguridad de poder regresar a la isla en un bote, ya que según la lógica de los organizadores, había suficientes hombres en Cuba dispuestos a luchar y lo que necesitaban eran profesionales (222-224).²

Esto es lo que motiva a Ignacio, según el narrador, a buscar un título médico, y esta es la razón por la cual decide graduarse de “cirujano dental.” Así Ignacio logra salir para Cuba en el primer barco insurrecto. Paradójicamente a pesar de que Ignacio va a liberar al país de España, y de los privilegios de clase, según como lo expresaban los independentistas, haciendo uso de la agenda martiana, el protagonista de la novela descubre en su trayecto en bote hacia la isla que su condición de “doctor” no sólo le permitía incorporarse a la guerra, sino también gozar de ciertos privilegios que no tenía el resto de los hombres que iba a luchar. En Tampa, los doctores expedicionarios eran hospedados en la casa de los cubanos ricos y comían opíparamente, mientras que los otros que no eran profesionales lo hacían con pobreza y dormían en un lugar aparte. Esto, según el narrador, fomentaba la desigualdad entre los mismos patriotas (281-282) y viéndose retrospectivamente, justificaba las desigualdades que minaban la república.

² Todas las citas pertenecen a Carlos Loveira. *Generales y doctores* (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973).

Sin embargo, el relato de las paradojas no termina aquí, sino que continúa en Cuba ya que en la manigua Ignacio sigue los pasos de Cañizo, responsable de un hospital de campaña, que en lugar de sacrificarse por la causa colectiva, vive en el “majaseo” y cuando lo necesita, seduce a las “guajiritas” del lugar. En lugar de resaltar los peligros a los que usualmente estaba expuesto un sitio como este en la guerra, donde los heridos eran usualmente pasados a cuchillo o machete si eran encontrados, Loveira privilegia lo fútil y lo moralmente inapropiado de la vida del médico, desmitificando de esta forma, la figura del doctor y criticando la institución que tenía el poder entonces en Cuba.

Esta representación del doctor como ‘antihéroe’ contrasta pues con la importancia que la historiografía de la república le había dado a esta figura y a los hospitales de campaña durante la guerra.³ Gonzalo de Quesada y Miranda, en uno de los libros que dedicó a Martí recoge una frase que se hace eco de esta importancia y que de hecho reafirma el carácter elitista de la insurrección cubana. Según Gonzalo de Quesada, el coronel Martín Marrero había dicho que José Martí le confió antes de morir lo siguiente:

Los médicos son los más apropiados, y, por lo tanto, serán los mejores delegados [del Partido Revolucionario Cubano]. Sus pasos en ninguna hora, ni en ninguna parte llaman la atención: siempre son bien recibidos. Todos les deben algo: unos la vida, otros dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos todos: por eso, ésta será la revolución de los médicos. (70).⁴

En el caso de que Martí, en efecto, haya dicho esto, sus palabras reflejarían un pragmatismo impresionante y un conocimiento estratégico de las expectativas que se tenían de un doctor en el siglo XIX. No obstante, el locus enunciativo de esta frase lo

³ Véase el libro de Eugenio Sánchez Agramonte, *Historia del cuerpo de sanidad militar. Ejército libertador de Cuba: campaña 1895-1898* (La Habana: Papelería Rambla Bauza, 1922).

⁴ Gonzalo de Quesada y Miranda *Anecdotario Martiano. Nuevas facetas de Martí* (La Habana: Ediciones Patria, 1948).

hace al menos sospechoso por ser una anécdota, y por ser Marrero, además de ser doctor, un antiguo coronel de la guerra de independencia. Por ser Marrero otro representante de la clase políticamente privilegiada en el país durante la República, lo cual parecería servir como la justificación *a posteriori* de su influencia. Y sin embargo, el testimonio de Marrero, confirma la enorme presencia de los galenos en la contienda del 1895 que la historiografía médica republicana se encargó de resaltar. Esta presencia no sólo aparece en la vida política del país, sino también en la literatura, la educación y hasta en el periodismo. Se editaron periódicos como *La Higiene*, órgano paralelo a la campaña de saneamiento de la ocupación norteamericana en la isla y se escribieron manuales de escuela como los que hizo el doctor/escritor Miguel de Carrión. En los primeros años de la república los doctores ocuparon los sitios clave de la estructura social y se tenían como el mejor partido para cualquier mujer casadera. No hay que decir entonces que los médicos, dentistas y enfermeros eran en su inmensa mayoría de la raza blanca y que ambas cosas reforzaban su posición social así como su acceso privilegiado a la riqueza de la joven nación.

Alejandro de la Fuente en su libro *Una nación para todos*, cita las estadísticas cubanas para demostrar la disparidad social en la isla entre los blancos y negros según las distintas profesiones. En tal sentido, antes y después de la República, tres profesiones exhiben una diferencia abismal en el número que la ejercen: la abogacía, la medicina y teléfonos/telégrafos. Según los censos de 1899, 1907 y 1919, los médicos blancos en Cuba totalizaban 284 (1899), 240 (1907), y 233 (1919). Sin embargo, si sumamos los médicos negros que había en el mismo período tenemos que, de 1899 a 1919, la cifra

total es de 21 (De la fuente 168).⁵ Nicolás Guillén en *Motivos del son* deja implícita esta ansiedad de la mujer negra en Cuba cuando parodia en el poema “Curujey” el habla de una de ellas que afirma quiere un novio “dotó.” Dice la voz lírica:

Yo quiero un novio dotó
de lo que curan,
pa sabé po qué me duele
La sintura (62).⁶

De hecho, el poema de Guillén se desarrolla como una especie de plegaria, o pedido amoroso a los santos, que nunca se mencionan pero que aparecen sugeridos por el canto monótono y repetitivo del “curujey,” planta por otro lado, asociada en la religión afrocubana con Elegguá. Como dice Lydia Cabrera en *El Monte*, el curujey es “un parásito que tiene inclinación a vivir encaramado sobre un árbol. Con él se hacen resguardos y afoché” (415).⁷ En tal sentido podría entenderse este poema como el deseo erótico de la mujer negra, planta que busca al doctor blanco, no tanto para que le “cure” la “sintura” sino para vivir de él.

Loveira no registra en su novela una ansiedad similar, ni señala las marcadas diferencias que existían entre los negros y blancos en Cuba. Seguramente, tomaba este dato por sentado. Los personajes principales de su novela son doctores y abogados blancos. Él mismo es un dentista, de los que, según el censo de 1919, había en Cuba 207 blancos y 28 negros. Pero según lo que muestra Loveira en su novela, la recomendación que le hace José Martí a Martín Marrero, no puede entenderse más que como una

⁵ Alejandro de la Fuente. *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba 1900-2000* (Madrid: Editorial Colibrí, 2000).

⁶ Nicolás Guillén. *El libro de los sones*. (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982). Este poema conjuntamente con “Me bendo caro” y “Hay que tené boluntá” no aparecieron en la edición original de *Motivos del son* (1930), sino en la segunda parte de *Sóngoro cosongo* (1931).

⁷ Para las ceremonias y otras yerbas véase el libro de Lydia Cabrera, *El Monte/ Igbo. Finda Eww Orisha/ Vitti Nfinda (Notas sobre las religiones, la magia, las supersticiones y el folklore de los negros criollos y el pueblo de Cuba)* [Miami: Ediciones Universal, 1983].

pesadilla, como el inicio de una genealogía del poder que soslayó una inmensa población en Cuba y terminó reproduciendo las peores lacras de la colonia. “La revolución de los médicos” que había pronosticado y tal vez diseñado Martí fue, en efecto, la república de generales y doctores que tanto criticó Loveira.

Ahora bien, considerando la importancia del médico en la cultura cubana, habría que preguntarse si como nación, Cuba, cuya fundación se ubica en la tradición de la modernidad del siglo XIX, no llegó a depositar en su figura dosis de reconocimiento social que no es común hallar en otras profesiones. ¿Por qué? Un país colonial, azotado por numerosas epidemias, con enormes cifras de fallecimientos a causa de la viruela, el vómito negro, y la tuberculosis debió ser un lugar adecuado donde el médico era una especie de presencia omnipotente, que como justifican las palabras atribuidas a Martí, “conoc[ía] todos los secretos” y de cuya labor nadie sospechaba. A esto se une, el lugar privilegiado que ocupa la medicina en esta época como discurso que ensancha continuamente su campo de acción y trata de someter bajo sus reglas a una infinidad de sujetos, en virtud de la “biopolítica” que ejerce el propio poder. El discurso higienista y lo que Foucault llama “la guerra de razas,” el racismo de Estado, son en gran medida motivados por estos discursos médicos que tratan de descubrir en el cuerpo del otro, la evidencia de su pasado hereditario y los síntomas de la posible corrupción de la nación. Loveira legitimará tales discursos cuando se refiere a las características “lombrosianas” de alguno de los políticos cubanos. Volveré a esto más adelante. Ahora me interesa resaltar que la práctica política, desde finales del XVIII, no sólo impone a la medicina nuevos objetos, sino que también abre nuevos campos de localización de los objetos médicos. Desde finales del siglo XVIII, el médico además de ocuparse de la masa

poblacional en Cuba cuida, investiga y especula sobre el bienestar físico de los negros africanos y más tarde el de las colonias asiáticas. Las opiniones de estos médicos revelan la necesidad de mantener bajo control estos grupos imprescindibles para la producción, pero que desde el punto de vista político y de la nación eran excluibles. No es extraño entonces que desde la época colonial el sistema esclavista, se apoye en ellos para establecer las formas de medicar y controlar estas etnias, fijando sus particularidades a la topografía de la región.

Por tanto dando esta herencia colonial no debe causar sorpresa alguna que para el principio de la república cubana en 1902, aparezcan unidas el poder político-militar y discursos raciales e higienistas; que el nuevo gobierno asuma muchos de los postulados que elabora la institución sanitaria como son los regímenes punitivos, las formas de medir y controlar los nuevos sujetos, y que nuevamente, los negros, los asiáticos, los criminales y los sacerdotes de religiones africanas sean el blanco de estos discursos y prácticas del poder.

En este contexto histórico, el cuestionamiento de Loveira del pacto militar-sanitario tomaría la forma de un desmontaje de los canales de legitimación que constituyen la república y para ello Loveira va a priorizar las faltas en la construcción de del nuevo Estado y sus “héroes” representativos. Concibe Loveira la historia de la república entonces dentro de un patrón causal, donde el presente es el resultado de prácticas discriminatorias en el pasado, de estructuras económico-ideológicas que no desaparecieron con la guerra, más bien, que se reproducen con ella durante la República. De ahí ese pesimismo tremendo en todo lo que lo rodea y que el texto dé la impresión al lector de la necesidad de descubrir esa genealogía que va produciendo la cotidianidad

histórica, en la necesidad de buscar el pasado del momento presente, para así acabar con el mal.

Esto hace a la novela de Loveira un lugar ideal donde leer los enunciados legitimantes de la labor del médico asociado a las esferas militar y política durante estos años. Sus formas no discursivas la constituyen la oficina de reclutamiento de Nueva York, que exige un diploma de médico, y un cuerpo saludable, según la concepción moderna, para ir a luchar por la patria, y por otro lado, la cámara, donde los doctores sin clientes hacen la política. Su reescritura de la historia renuncia por tanto a la apología del discurso a favor del Estado para convertirse en una crítica de las desigualdades y las lagunas del poder. En términos de Foucault, su memoria es una contra-memoria y su novela un meta-relato de la consecuencia última. Con esto el narrador intenta atravesar la máscara republicana descubriendo lo que está en el fondo. Es otro viaje al origen y a la razón causal. Según Foucault, la contra-memoria es el elemento principal de las historias “efectivas” que se oponen a las historias tradicionales.⁸ Según el narrador de *Generales y doctores* estos son los médicos “que vinieron conmigo, o en otras de aquellas expediciones de última hora, que sin más ni más, a los cinco meses de manigua pacífica, se hacen llamar coroneles y generales” (330).

Por tanto, la mirada incisiva del narrador se vuelve un desafío doble, a las élites de poder que intentan privilegiar este sujeto preformativo y a la ciencia como receptoras

⁸ Véase Michel Foucault. *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews/ Michel Foucault* (Ed. Donald F. Bouchard. Ithaca: Cornell UP, 1977). (153-54). Para la relación entre el racismo y el poder en Foucault véase la serie de conferencias que dio en el *Collège de France* entre fines del año 1975 y mediados de 1976 : “Il faut défendre la société”. La versión española lleva por título *Genealogía del racismo* (La Plata: Editorial Altamira, 1996).

de un saber positivo que hereda la República del proyecto ilustrado.⁹⁹ Su crítica hará uso de un lenguaje desmitificador que va a medicalizar las faltas republicanas, convirtiendo al médico y al militar en un sujeto paradójico, que “enferma” la nación en lugar de salvarla. En tal sentido es emblemática la insistencia del narrador en somatizar la sociedad. Según la concepción neoplatónica organicista del Estado, la república se convierte en un cuerpo inútil, un organismo biológico “comida” según Loveira, por la “lepra política” o como afirma al final de la novela, devorada “como por un cáncer por la plaga funesta de los generales y doctores” (409); lenguaje paradójico, que usa para criticar las mismas herramientas de la profesión de la que sospecha. Curiosamente, la joven nación no es la única que aparece enferma en la novela, el malestar social está también en Ignacio quien cuando hace la “historia de sus primeros años,” enumera las distintas enfermedades que padeció y cada enfermedad representa una época en su imaginación. La imagen de Ignacio siendo atacado por enfermedades diversas se corresponde así con la de la República.

La referencia al cáncer y a la enfermedad como metáforas que contaminan el cuerpo del país son imprescindibles por el valor funesto que se le atribuye a esta enfermedad durante todo el siglo XX. Entonces se tenía el cáncer como un verdadero flágelos de las sociedades modernas y esto se hacía más evidente por el fracaso reiterado de la medicina para curarlo. Por la misma época en que escribe Loveira, Juan Antigas llamaba la atención de los lectores habaneros sobre este mal, cuyas estadísticas según el

⁹ Para un análisis más detallado de esta problemática, véase mi artículo: “La nación y el proyecto ilustrado: un análisis de la poesía negrista desde la medicina legal y la antropología.” *Afro-Hispanic Review*. 2. 1 (2003): 31-35.

doctor LeRoy, en Cuba eran cada día más alarmantes.¹⁰¹⁰ Uno de los artículos de Antigas se titulaba precisamente “la aterradora invasión del Cáncer” y al igual que él, Loveira demuestra una y otra vez a lo largo de la novela, un profundo escepticismo sobre los resultados de la medicina convencional. Si Ignacio de niño, según afirma el narrador, “tuvo la banal creencia” de que el viejo médico del pueblo le había salvado, más tarde en la manigua, alerta al lector de los intentos fallidos de Cañizo para recetar y curar con una dieta láctea su enfermedad. Porque según afirma, “en aquella época los médicos combatían la dieta de frutas, al igual que hoy combaten otras cosas que mañana aceptarán” (310). Este escepticismo, se convierte en otra forma de desmitificar la ciencia y la figura del doctor. Por lo cual Ignacio afirma que prefiere los remedios naturales y deja las medicinas para los otros. Esto coloca al narrador de *Generales y doctores* en una posición muy similar a la del propio Juan Antigas quien, siendo médico de profesión, hizo un verdadero evangelio el apelar a procedimientos no convencionales para tratar enfermedades como el cáncer y la tuberculosis.

No obstante, la crítica loveriana a la medicina como discurso y forma de institución, se contrapone de forma paradójica con su acendrado naturalismo. Y en efecto, Ignacio al final de la novela se auto titula sociólogo y su discurso ante la cámara está lleno de referencias al “atavismo,” el “determinismo” e incluso a las teorías de Lombroso que ya habían sido utilizadas por Fernando Ortiz y otros etnólogos para referirse a los sectores marginales de la sociedad cubana y en especial a los negros. Me refiero en particular a *Los negros brujos* (1906) de Ortiz discípulo, él mismo, del italiano. En su primera etapa como etnólogo Ortiz usó el tradicional discurso positivista para

¹⁰ Véase la recopilación de artículos de Juan Antigas, y especialmente el titulado, “La aterradora invasión del cáncer” *Escritos sociales y reflexiones médicas* (Madrid, 1927): 338-346.

criticar las prácticas afrocubanas, en especial la de los ñañigos y analizó el fenómeno de la religión como remanente de un tiempo y una cultura lejana y extraña a la nacional. De modo que si Loveira rechaza la medicina convencional y el poder ejercido por los generales-doctores, no hace lo mismo con la etnología y la sociología, que eran ciencias emergentes en aquella época y gozaban de un marcado respaldo entre los intelectuales cubanos. Estas ideas surgen precisamente en una de las conversaciones sobre su experiencia en la cámara, donde Ignacio afirma que sus colegas no le daban miedo, sino que sentía al verlos “impulsos de domador, porque salvo las excepciones dichas, aquello me parece un jardín zoológico: cráneos simiescos, quijadas lombrosianas, espaldonas capaces de resistirlo todo” (384). Nuevamente, el discurso criminalista se utiliza aquí como una herramienta del anti-poder, como un arma de guerra, con la cual combatir el presente orden (el de los doctores y generales) y legitimar así las nuevas ideas. Estas muestras del pensamiento científicista, puestas nada menos que en boca del protagonista principal, ejemplifica con más fuerza la imposibilidad que tiene Loveira de escapar a la epísteme que domina el ámbito cultural e intelectual cubano a finales del siglo XIX y principios del XX. Indican la imposibilidad del novelista de romper de forma abrupta con los discursos que le precedieron y sobre los cuales se erige el poder que rechaza. Debo recordar que este determinismo en las sociedades occidentales siempre ha servido para mantener al otro sojuzgado y para justificar el derecho del poder hegemónico para dominarlos. Poco antes de esta observación en que Ignacio habla de “cráneos simiescos, [y] quijadas lombrosianas,” este alecciona al tío sobre el “determinismo” social que según deja entrever existe en cualquier sociedad. Afirma Ignacio:

Pero ¿qué quiere usted? Unos venimos al mundo a una cosa, y otros a otra. Unos vienen a buscar pan, por vilipendiado que sea, y otros a rompernos la crisma con

los molinos de viento. Usted me conoce desde muchacho, y no sé si, con todo y que usted es doctor, sabe lo que es determinismo (343).

La comparación entre los hombres y la estructura ósea de ciertos animales como el mono, es un discurso recurrente en las teorías criminalistas, que buscaban hallar una unión entre el culpable de un robo o de un asesinato y un pasado animal, formando así lo que Lombroso catalogaba como criminal nato. Por tanto, el gran relato de la ciencia positiva, es el código referencial que usa Loveira para poner al descubierto las corruptelas morales que azotan el país de ahí que nuevamente salten a la vista las aporías de su discurso contestatario ya que si bien critica el ascenso al poder de una institución y una ideología represiva, por otro lado, legitima una pseudo-ciencia, que era también un componente esencial de la forma que tenía el poder de medir, controlar y castigar, a los sujetos que tenía bajo su mando. Por tanto, *Generales y doctores* no sólo es un texto crítico de las instituciones modernas, es también un argumento convencional en apoyo de las formas deterministas de medir y controlar al Otro.

En tal sentido *Generales y doctores* debiera leerse como complicado reajuste de cuentas entre el Poder y sus críticos, entre la ansiedad de deslegitimar al otro y legitimarse a sí mismo con el objetivo de alcanzar lo que le ha sido vedado o escamoteado al narrador. Definirse vis-à-vis los políticos doctores era esencial, pero también lo era reapropiarse de los íconos e ideologías que los sustentaban. No es extraño entonces que Loveira eche mano nuevamente a otro de los sucesos fundacionales de la nación cubana, otro que fundamentaba el prestigio del médico en la sociedad antes y después de la República: el fusilamiento de los estudiantes de medicina el 27 de noviembre de 1871. Ignacio va a retomar tal suceso y vincularlo con su propia vida con el fin de legitimarse y legitimar la joven nación.

Por ello si fuera posible unir discursivamente New York, la cámara legislativa, Cañizo, y la política de reclutamiento, por otro lado tendríamos que armar otra genealogía, con su origen en el nacionalismo criollo y los sucesos del 1871. La escena que se refiere a los estudiantes de medicina fusilados en el 71 aparece en las primeras páginas de la novela cuando el narrador cuenta cómo en medio de una celebración religiosa y un desfile militar, él y los otros estudiantes de la clase, se habían burlado de los españoles de la ferretería contigua a la escuela. Después de ocurrir esto, el padre de Carlos Manuel aparece en su uniforme de voluntario en el recinto escolar y le reclama al maestro un castigo ejemplar para el “granuja que le había mentado la madre a sus dependientes y a España” (22). En ese momento cuando el voluntario entra “bufando” con la mano en el machetín, Ignacio afirma; “Al verlo recordé a los estudiantes del 71, cuya historia conocía yo por mis lecturas de escondite, y un más intenso escalofrío de terror me electrizó todo el cuerpo” (22).

La asociación entre Ignacio y los estudiantes de medicina se hace pertinente porque ambos son cubanos, estudiantes, independentistas, y ambos son “víctimas” del servicio de Voluntarios. Con esto, Loveira refuerza la importancia simbólica de los galenos en la fundación de la nación a contrapelo de su propia crítica a su pacto con los generales. Por lo tanto durante esa escena Ignacio asume la personalidad de los estudiantes de medicina fusilados y cada uno de los actores de esa escena representa otro, del trágico suceso de 1871. Si Ignacio es otra víctima de España, el padre de Carlos Manuel, quien viste también de voluntario en la escena, representa este cuerpo represivo, mientras que su propio padre, siendo de ascendencia española, asume la personalidad de Capdevila, el abogado español quien defendió a los estudiantes y se negó a firmar la

sentencia de muerte. Ignacio llega a decir que su padre “sobre aquel vejete cobarde empezó a desatar un tremendo discurso capdevilesco” (25). Lógicamente, el acto de chotear al viejo voluntario del ejército español no podía circunscribirse únicamente al ámbito familiar sino que es asumido en términos de lucha ideológica entre criollos y españoles, entre las víctimas y los victimarios del régimen colonial. Este contrapunteo no es ajeno por tanto a la historia republicana ya que refleja la situación del propio protagonista durante la república.

La utilización de este suceso, con fines políticos, sirve de crítica en pro de una Cuba para los criollos, que responda a los valores originales que hicieron posible la revolución del 1895. Loveira maneja así dos tradiciones, una que ensalza los conos que constituyeron la joven nación y otra que hace la crítica al Estado, y la medicina asociada al poder. Dicho pacto hecho en la colonia con vistas a formar la guerra e instaurar una nueva nación es por tanto fundamental a la hora de leer la novela y hacer un análisis retrospectivo, desde la crisis de la república, hasta la actual nación cubana. Demuestra como la lucha por el poder no se dio en Cuba sólo al nivel de las armas, sino también en función de un tipo de líder, del privilegio de un sujeto moderno capaz dirigir la guerra con las herramientas que le facilitó la profesión, el discurso higienista de moda. El desmontaje de tal alianza es una de las razones principales de la existencia del texto loveriano que se erige como crítico de la situación caótica de la isla, que reconoce los símbolos fundacionales de su causa, pero que se muestra escéptico ante esta institución moderna y sus representantes en Cuba.